

Homilías del Domingo 22 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según Lucas

Entró Jesús un sábado en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiando. Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso este ejemplo: «Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que os convidó a ti y al otro, y te dirá: “Cédele el puesto a éste”. Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que cuando venga el que te convidó, te diga: “Amigo, sube más arriba”. Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido.» Y dijo al que lo había invitado: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos.»

Palabra del Señor

Homilías

(A)

En estos tiempos en que se lleva lo grande, lo vistoso, lo espectacular... Y en que lo pequeño pasa inadvertido, tú, Señor nos sigues recordando tu preferencia por lo sencillo...

Ya la primera lectura nos decía, que al humilde lo quieren todos, y sobre todo Dios.

Al humilde lo quiere Dios: "hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios", dice el sabio; y Jesús

concreta: "todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido". Si por alguien tiene predilección Dios, es por los débiles, por los últimos, los pequeños.

Al que es humilde y no alardea de sus cualidades o de sus riquezas, todos le quieren; al orgulloso y engreído, o le desprecian o le tienen envidia. Por eso el consejo: "En tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso". Cuanto más grande es una persona en su interior, menos se hace valer y más sencilla es en el trato con los demás; y esto es lo que hace que se tenga más aprecio. Y la humildad nos hace bien sobre todo a nosotros mismos: nos hace conocernos y aceptarnos mejor a nosotros mismos, nos ahorra disgustos y nos proporciona una gran armonía interior. La advertencia no resulta superflua. Todos tenemos la tentación de aparecer, de buscar protagonismo, de ser y tener más que los demás, de modo que los que nos rodean nos admiren o nos envidien.

Jesús vio cómo los invitados se apresuraban a elegir los mejores puestos.

¿Nos estaría viendo a nosotros: que queremos muchas veces salir "en la foto", ser el centro de la conversación, salirnos siempre con la nuestra?

¿Nos estaría viéndonos a nosotros que queremos superar a los demás familiares, a los compañeros de trabajo, a las demás personas que colaboran en la parroquia, como los apóstoles, que discutían quién iba a ser el mayor entre ellos?

El aviso es para toda la Iglesia, y para cada cristiano. Jesús no está enseñando normas de urbanidad, sino una actitud humana y cristiana que para él es básica: la humildad delante de Dios y de los demás. Una actitud que podría parecer totalmente contraria a la conducta que prevalece en este mundo, que parece una feria de vanidades ...

Cuando todos queremos parecer más guapos, más listos, más modernos, más actuales, más, más y más...

tú nos invitas a buscar lo menos, tú valoras lo menor...

En medio de la competitividad en la que vivimos, en la que se nos invita a ser triunfadores, aunque sólo unos pocos consigan serlo, tú nos empujas a ayudarnos unos a otros, a levantarnos y a hacer a los demás sentirse mejor...

Hace algunos años, en las Olimpiadas Especiales de Seattle, nueve participantes, todos con deficiencias mentales o físicas, se alinearon para correr una carrera de 100 metros lisos.

Al sonar la señal, todos salieron, no exactamente a toda velocidad, pero con la voluntad de dar lo mejor de sí, terminar la carrera y ganar. Todos, con la excepción de un muchacho que tropezó, cayó al piso y comenzó a llorar.

Los otros ocho escucharon el llanto. Disminuyeron el paso y miraron hacia

atrás. Entonces, todos ellos se detuvieron y dieron la vuelta.

Una de las muchachas, con Síndrome de Down, se agachó, le dió un beso al muchacho y le dijo: "ESO TE VA A CURAR".

Y todos los nueve competidores se tomaron de las manos y caminaron juntos hasta la meta.

El estadio entero se puso de pie y los aplausos duraron varios minutos. Y las personas que estaban allí continúan repitiendo esa historia hasta hoy. ¿Por qué?

Porque dentro de nosotros sabemos una cosa: Lo importante en esta vida va más allá de ganar nosotros mismos. Lo importante en esta vida es ayudar a ganar a otros.

Tal vez los atletas tenían "deficientes" mentales. Pero con seguridad no eran deficientes en sensibilidad. ¿Por qué? Porque, allá en el fondo, todos sabemos que lo que importa en esta vida es más que ser un ganador solitario.

Lo que importa en esta vida es ayudar a los otros a vencer, aunque esto signifique disminuir el paso y caminar más despacio junto a los demás o cambiar de rumbo.

En este mundo loco que hemos inventado, en el que muchos son los perdedores y unos pocos ganan todas las carreras estéticas, intelectuales, laborales y económicas, tú, Señor, quieres despertar nuestros corazones para que escuchemos al pobre, al caído, al necesitado, al fracasado y al que sufre...

En todo momento, tú, cambias los valores, lo bajo lo conviertes en alto, engrandesces lo pequeño, al último le pones el primero y al primero el último. Seguirte a ti, Señor, es vivir al revés, es ser distinto, es aprender sencillez y humildad...

(B)

“Cuando des una comida o a una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes ... Cuando des un banquete invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos ...”

El Evangelio de hoy me ha hecho recordar muchas cosas. Unas desagradables. Otras, muy agradables.

Recién ordenado sacerdote una persona me invitó a cenar en su casa. Linda, bella. Era arquitecto. Nos pasamos como una hora charlando antes de cenar. Pero yo sentía un cierto frío en mi alma. Algo le faltaba a toda aquella belleza de arquitectura. ¿Y dónde están los niños? Le pregunto. La respuesta fue inmediata: “No pensaras que voy a dejar que los niños jueguen aquí.

Ellos tienen un cuarto arriba para sus juegos”. Era toda una sala de recepción pero para los invitados. Y los niños no eran parte de esos invitados.

Otra persona también me invitó. Una comida muy linda. Y como tenía confianza con él le pregunto: ¿y las sirvientas dónde comen? No esperaras que iban a comer con nosotros. Ellas comen luego en un comedor aparte.

En una reunión del CELAM estaban cenando dieciocho Obispos y treinta y tantos sacerdotes. Alguien se atrevió a preguntar ¿y dónde está el Presidente? Alguien en voz baja respondió: “El nunca come con los demás. Tiene su propio comedor aparte”.

Es que las comidas se prestan a muchas reflexiones. Porque las comidas tienen no solo el sabor de la comida sino también el gusto y el sabor de la amistad, la compañía. Y en ellas se pone de manifiesto no solo la exquisitez de los manjares sino también nuestra selectividad de las personas.

Y pienso en Pablo de la Cruz (fundador de los Pasionistas) cuando echado del Vaticano como un pordiosero, se retiró por la Vía Nacional a aquel lugar que llaman de las cuatro fuentes. Sentado en una esquina estaba comiendo un mendrugo de pan duro. En esto llegó otro mendigo que se sentó a su lado. Pablo de la Cruz partió por la mitad su pan y lo compartió con el mendigo. Dos hambres juntas pero también dos almas unidas en el amor.

Estoy hablando de los demás. Pero aún no he hablado de mí mismo. No es frecuente invitar gente a nuestro comedor. Pero siempre que ha habido algún invitado han sido o amigos, o

personajes, algún Obispo. Pero todavía no he visto sentarse con la comunidad a ningún pobre de la calle.

Hay páginas del Evangelio que les damos mucha importancia. Pero hay otras que las leemos como si fuesen letra pequeña. Páginas que se nos resbalan del corazón.

¿A quién invita a comer a su mesa el Papa?

¿A quién invita a comer a su mesa el Obispo?

¿A quién invita a comer a su mesa el Párroco?

Porque yo me imagino, bueno es solo una imaginación, que el Evangelio es para todos y no solo para los seculares, los fieles del Pueblo de Dios. El Evangelio es para todos los creyentes. Y que por tanto es para todos ¿me estaré equivocando?

Bueno, espero que nadie me vendrá ahora a decir que esto se llama lectura “fundamentalista” del Evangelio. Porque siento que, cuando Jesús habla estas cosas, trata de establecer lo que realmente nos identifica como creyentes y lo que nos distingue del resto del mundo.

Benedicto XVI en su Encíclica “Dios es amor” dice que “la Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario”.

Y aún añade: “... también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad”.(Dios es amor n.25)

Y esos “pobres , lisiados, cojos y ciegos” y esos que hoy vemos mendigando en nuestras calles, o esos niños que tienden su mano pidiéndonos un euro para comprar un “pan”:

¿no son también familia de Dios?

¿Y en las familias hay excluidos de la mesa?

Y si Dios es el Padre de esta familia, ¿excluirá a alguien de su mesa?

¿Y si alguno de estos se acerca a comulgar, Dios no se hará pan de comunión también para ellos?

A mí me impresionó una frase de la Madre Teresa de Calcuta cuando dijo: “el problema es: ¿y donde dormirán hoy los pobres abandonados?

Y que yo traduciría hoy: “el problema es: ¿y a qué mesa se sentarán hoy muchos pobres para comer?”

La pregunta no te la estoy haciendo a ti, querido amigo, sino que me la estoy haciendo a mí mismo.

¿No podríamos comenzar por poner una silla más en torno a nuestra mesa donde desayunamos, almorzamos y cenamos?

Esa pudiera ser la silla que nos recuerde al pobre a quien no hemos invitado y que por eso mismo está vacía.

¿Y qué pasaría, Señora, si al preparar la mesa, usted pone esa silla y delante un plato y un letrerito pegado en el respaldo de la silla que diga: “es del pobre a quien no hemos invitado”.

Es posible que esa silla, a la larga, nos vaya sensibilizando e inquietando nuestra conciencia.

(C)

Los domingos y las semanas del Tiempo ordinario nos invitan a fijarnos en aspectos básicos de la vida cristiana.

La Palabra de Dios de este año tomada del Evangelio de Lucas, nos va dando domingo tras domingo, lecciones muy concretas para nuestro camino. Hoy, la lección de la humildad y de la generosidad desinteresada. Hablar de humildad y de ser desinteresados no parece un tema muy moderno.

La lección de la sencillez y la humildad nos viene bien a todos, niños, jóvenes y mayores. Jesús nos la presenta con su habitual pedagogía, con ocasión de una comida a la que es invitado.

Ya la primera lectura nos decía, que al humilde lo quieren todos, y sobre todo Dios.

Al humilde lo quiere Dios: "hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios", dice el sabio; y Jesús concreta: "todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido". Si por alguien tiene predilección Dios, es por los débiles, por los últimos, los pequeños.

Al que es humilde y no alardea de sus cualidades o de sus riquezas, todos le quieren; al orgulloso y engreído, o le desprecian o le tienen envidia. Por eso el consejo: "En tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso". Cuanto más grande es una persona en su interior, menos se hace valer y más sencilla es en el trato con los demás; y esto es lo que hace que se tenga más aprecio. Y la humildad nos hace bien sobre todo a nosotros mismos. El ser humildes, o sea, discretos en la ambición y modestos en la autoestima, afecta a la raíz de nuestro ser: nos hace conocernos y aceptarnos mejor a nosotros mismos, nos ahorra disgustos y nos proporciona una gran armonía interior. La advertencia no resulta superflua. Todos tenemos la tentación de aparecer, de buscar protagonismo, de ser y tener más que los demás, de modo que los que nos rodean nos admiren o nos envidien.

Jesús vio cómo los invitados se apresuraban a elegir los mejores puestos. ¿Nos estaría viendo a nosotros: que queremos muchas veces salir "en la foto", ser el centro de la conversación, salirnos siempre con la nuestra? ¿Nos estaría viéndonos a nosotros que queremos superar a los demás familiares, a los compañeros de trabajo, a las demás personas que colaboran en la parroquia, como los apóstoles, que discutían quién iba a ser el mayor entre ellos? El aviso es para toda la Iglesia, y para cada cristiano. Jesús no está enseñando normas de urbanidad, sino una actitud humana y cristiana que para él es básica: la humildad delante de Dios y de los demás. Una actitud que podría parecer totalmente contraria a la conducta que prevalece en este mundo, que parece una feria de vanidades...

Y Jesús une a la lección de la humildad la del desinterés cuando invitamos o damos algo a los demás. Tampoco es moderno este tema, porque nuestro mundo está fundado en el "do ut des", "te doy, para que luego tú me des" y a ser posible con intereses. ¿Hay alguien que dé gratuitamente? Pues eso es lo que Jesús invita a hacer.

¡Vaya dos lecciones, a cuál menos popular: la de ser humildes y la de dar gratuitamente, sin esperar recompensa! Hay que reconocer que es difícil asimilar esa bienaventuranza que nos dice hoy

Jesús: "Dichoso tú, porque no te pueden pagar'. Ya nos pagará Dios.

Invita a tu mesa a todos los que no puedan corresponderte: Y ahí está nuestra Europa "cristiana", nuestra España "católica", que mira con recelo y con desprecio a todos los que se acercan a nuestras tierras en busca de pan y de trabajo; y bajo las formas más sutiles de legalismo farisaico les devuelve a ese mundo de muerte y de hambre...

El mejor ejemplo de lo que hoy nos dice la liturgia, lo tenemos en Jesús, que no vino a ser servido sino a servir, y que en su cena de despedida se ciñó la toalla y lavó los pies a los discípulos...Y nosotros, que hoy celebramos aquella misma Eucaristía tendríamos que sacar de ella, las fuerzas y el ánimo para vivir en medio del mundo sirviendo como Jesús. Ese es nuestro camino desde el día de nuestro Bautismo.

El bautismo fue cosa de nuestros padres. Vivir como bautizados es cosa nuestra...

(D)

El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

En el evangelio de este domingo Jesús nos quiere enseñar a ser sencillos. Cuenta que Jesús entró a comer en casa de un fariseo principal. Sabemos por el evangelio que a los fariseos les gustaba ocupar los primeros puestos y que les hicieran reverencias por las calles. Allí Jesús también notó que los invitados escogían los primeros puestos. Debió de parecerle mal. Ya sabemos que Jesús actuaba de una manera muy distinta. Él mismo había dicho que había venido al mundo no a ser servido, sino a servir. En la última cena se puso a lavarles los pies a sus discípulos ante las protestas de Pedro, que creía que Jesús se estaba pasando. Sabemos que no hizo alarde de su categoría de Dios. Siempre anduvo por los últimos lugares, desde nacer en una cueva, como los más pobres del mundo, hasta morir en una cruz en las afueras de la ciudad. Nunca toleró que sus discípulos ambicionaran los primeros puestos y proclamó de muchas maneras las preferencias de Dios

por los pobres, los humildes, los pequeños y los que más sirven. Ése fue su estilo y así lo enseñó a sus discípulos. Y porque Jesús era así, se le juntaban con gusto los pobres, los pecadores, los despreciados, los niños, los últimos. Nadie le tenía miedo.

No es de extrañar que a Jesús no le gustara aquel día el empeño de los convidados por escoger los primeros puestos. Entonces Jesús puso el ejemplo de una boda en la que uno, por subir de puesto y de categoría, es humillado delante de todos, y asegura que «todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido». Jesús no nos estaba explicando sólo una norma de urbanidad. Nos estaba diciendo que es Dios quien humilla al que se enaltece.

Ahora nosotros podemos recordar que la Virgen María nos hablaba también de un Dios que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes y que dispersa a los soberbios de corazón. Y en la primera lectura también encontramos un consejo hermoso: «Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios».

Sin embargo, sabemos que todas estas cosas no se valoran en la sociedad que andamos construyendo. Se valora mucho el sobresalir, el distinguirse, el estar por encima, el ser presidente de lo que sea. Me parece que hasta en la Iglesia de Dios hay demasiadas categorías, escalafones, dignidades y títulos verdaderamente malsonantes. Es que nunca nos ha resultado fácil vivir en humildad. Nos parece que, si nos ponemos entre los últimos, no se nos reconoce en lo que valemos y nos señalarán como unos pobres fracasados. Nunca terminamos de aprender del todo que, en el Reino de Dios, la verdadera grandeza se adquiere en el servicio humilde a los hermanos. Tenemos que hacernos a la idea de que nuestro sitio en la vida no está donde más resplandezcamos, sino donde mejor podamos ayudar y servir a los hermanos.

Jesús decía: «Cuando des un banquete, no invites a tus amigos ni a tus hermanos, ni a tus parientes ni a tus vecinos ricos. Invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos. Dichoso tú porque no pueden pagarte». Los cristianos, como no buscamos que nos paguen con honores ni con vanidades mundanas, podemos andar cerca de los desgraciados del mundo, que no nos pueden pagar. Cuando

hayamos servido a los más pobres, nos pagará el Señor, que paga bien. Nuestro empeño será estar con los últimos, hacernos pequeños, no ser importantes y parecernos a Jesús, manso y humilde de corazón.

(E)

Dichoso tú, porque no pueden pagarte Lc 14,1.7-14

La consolidación de Europa se está llevando a cabo con la afirmación de una conciencia europea en cuyo interior es fácil detectar algunas líneas de fuerza que nos llevarán en una dirección muy alejada del espíritu que animaba a sus primeros impulsores.

Europa se está construyendo desde la decisión unánime de incrementar aceleradamente su desarrollo y su potencial económico para emerger como un gran mercado internacional con pretensiones de beneficiarse de un imperialismo comercial.

Por otra parte, Europa tiene hoy como eje principal de su sistema la promoción de un individualismo hedonista desde el que se busca exclusivamente el disfrute de los propios derechos, mientras se van olvidando las grandes responsabilidades colectivas de la sociedad.

Es patente también un laicismo expansivo y militante que reacciona fuertemente contra las Iglesias cristianas. En nombre del respeto a la libertad religiosa, Dios es silenciado y la dimensión religiosa del hombre queda prácticamente atrofiada.

No es fácil criticar estos vectores de la conciencia europea, pues constituyen hoy la cultura del «progresismo europeo», palabra mágica con la que se puede descalificar a quien ofrezca alguna resistencia o plantee alternativas diferentes. Y, sin embargo, es cada vez más claro el riesgo de una Europa inhumana.

Una Europa centrada en su propio desarrollo puede convertirse en un peligro no sólo para el Tercer Mundo, sino también para la Europa del Este. Y puede ir generando cada vez más en su propio interior ese Cuarto Mundo de marginados y desempleados, abocado a la desintegración social y humana.

Una Europa promotora de hedonismo materialista tiende a pervertir el contenido mismo de los derechos humanos.

Banalizando el valor de la familia y del matrimonio estable, despreciando la vida humana desde una postura cada vez más permisiva frente al aborto y la eutanasia, Europa se está derrotando a sí misma.

Por último, una Europa laicista y agnóstica, olvidada de Dios, puede también olvidar peligrosamente el sentido de la vida y de la muerte. El abandono de Dios la puede privar de la fuerza más importante para generar un estilo de vida lleno de humanidad y esperanza.

Europa está necesitada de un nuevo espíritu y una nueva conciencia que la liberen del egoísmo colectivo y la orienten hacia la solidaridad con los más necesitados.

Para ello, Europa ha de estar más atenta a las víctimas que puede producir y está ya produciendo, y ha de aprender a compartir su riqueza, no con los poderosos de la Tierra, sino con esos «*pobres*» de los que habla Cristo, que ni siquiera pueden «*corresponder*», pues se hallan hundidos en la miseria. Europa ha de escuchar la voz de ese Dios que sigue preguntando: «*¿Dónde está tu hermano?*»

(F)

Invita a los pobres. Lc 14, 1. 7-14

Vivimos en una sociedad en donde prácticamente todo se compra y se paga. El trabajo, los servicios, la enseñanza, el deporte, el ocio...

Nuestra sociedad produce con frecuencia un tipo de hombre egoísta, insolidario, consumista, de corazón pequeño y horizonte estrecho, incapaz de amar con auténtica generosidad.

Es difícil en nuestra sociedad ver gestos verdaderamente desinteresados y gratuitos. Con frecuencia, hasta la amistad y el amor aparecen directa o indirectamente mediatizados por el interés y el egoísmo.

Por eso resulta duro a nuestros oídos escuchar la invitación desconcertante de Jesús: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote y quedarás pagado. Cuando des una comida, invita a los pobres...».

Jesús no critica la amistad, las relaciones familiares ni el amor gozosamente correspondido. Pero nos invita a reflexionar sobre la verdad última de nuestra conducta.

Amar al que nos ama, ser amable con el que lo es con nosotros, puede ser todavía el comportamiento normal de un hombre egoísta en donde el propio interés sigue siendo el criterio principal de nuestras preferencias y nuestra predilección.

Sería una equivocación creer que uno sabe amar de verdad y con generosidad por el simple hecho de vivir en armonía y saber desenvolverse con facilidad en el círculo de sus amistades y en las relaciones familiares. También el hombre egoísta «ama» mucho a quienes le aman mucho.

Saber amar no es simplemente saber tratar debidamente a aquél al que me liga una amistad, una simpatía o una relación social. Saber amar es no pasar de largo ante nadie que me necesita cerca.

Jesús pensaba en una sociedad en la que cada uno se sintiera servidor de los más necesitados. Una sociedad muy distinta de la actual, en la que los hombres aprendiéramos a amar no a quien mejor nos paga sino a quien más nos necesita.

Es bueno preguntarnos con sinceridad qué buscamos cuando nos acercamos a los demás. ¿Buscamos dar o buscamos recibir? Sólo ama el que es capaz de comprender aquellas palabras de Jesús: «Hay más felicidad en dar que en recibir».

P. Juan Jáuregui Castelo